

Llevó un traje la Quijano <sup>25</sup>  
 (que cuando mira amortaja)  
 bordado de paja ufano;  
 que siempre el dorado grano  
 lució mejor entre paja.

Y galas de los Abriles  
 tarro de esencia de amores,  
 iban las flores gentiles  
 que no puede haber pensiles  
 en donde faltan las flores.

Luciendo su encanto extraño  
 iban las Cuevas iguales, <sup>26</sup>  
 y bien puede año tras año  
 cualquier sombrío ermitaño  
 habitar en cuevas tales.

Y si aun la inclemente pena  
 su alma combatida troncha,  
 cual golondrina en la almena,  
 que esconda su alma serena  
 de esa Cuevas en la concha.

Nido bello de ilusiones!  
 lucía un traje amarillo,  
 algo abierto, con cordones,  
 y su hermana con listones  
 del mismo color, sencillo.

Y aun tierno á Pepa Osio estoy  
 recordando con afán,  
 la Garroni, Gil, Morán, <sup>27</sup>  
 las Ibáñez, la Godoy,  
 la Grumbach, y Ayestarán.

Que con trajes hechiceros  
 bellas ví de todas razas,  
 de amor y virtud veneros:  
 la Geaves, y las Trigueros, <sup>23</sup>  
 Pérez Palacios, é Icazas.

Tales, pues, fueron las bellas  
 que yo contemplé extasiado,  
 —Harto pronto el labio sellas  
 porque aun faltan muchas de ellas,  
 contestó el Tiempo enojado.

El Tiempo que ansioso oía  
 la relación del Verano;  
 y sintió tanta alegría  
 que sollozaba y reía  
 á la par el pobre anciano.

¿Dónde están mis hijas caras  
 de cuyos rostros serenos  
 mis huellas espanto avaras?  
 aun tu injusticia reparas  
 como las nombres al menos.

¿A la Marquesa gentil  
 de la Rivera entre mil  
 amoroso no admiraste?  
 —Tal vez á su encomio baste  
 su nombre, Aurora de Abril!

Con moños, lindo vestido  
 ostentó de brocatel  
 color de rosa encendido:  
 todo el cuerpo guarnecido  
 con encajes de brusel.

Nunca de sus triunfos harta  
 embellece cuanto toca,  
 y entre su cabello ensarta  
 de gruesa perla una sarta  
 que cruza bajo la coca.

Dudo si alguien competía  
 de Octavia con los primores,  
 ornamento y alegría  
 de la hermosa Andalucía,  
 paraíso de los amores!



Onda de Guadalquivir  
que sus espumas de plata  
mira entre flores bullir,  
y brillante de zafir  
un cielo puro retrata!

Graciosa cual la palmera  
que besa su fresca orilla,  
bella cual su Primavera;  
rico albor, rosa hechicera  
de encantadora Sevilla.

Pero, ay! que el sentido pierdo  
(siguió diciendo el Verano)  
cuando sus gracias recuerdo  
y ya de otra no me acuerdo  
y replicó el Tiempo cano:

—¿Cómo con clara razón  
será la ruina aclamada  
de aquel brillante salón  
si á unas nombraste en montón  
y de otras no has dicho nada?

—Veré la que más descuella  
y que entre todas blasona  
por más virtuosa y más bella,  
triunfante será para ella  
del Verano la corona.

Y esforzando sus razones  
ante mi Solio vendrán  
meses, y años, y estaciones,  
y entre danzas y canciones  
la reina coronarán.

## III

Ya del Tiempo rigurosa  
la corte toda se apresta,  
y á su trono poderoso  
con rico traje ostentoso  
acude como de fiesta.

Y entre danzas y canciones,  
bajo sus plantas triunfantes,  
humillaron sus perdones  
los años, las estaciones,  
las horas y los instantes.

—Acudid, el Tiempo dijo:  
y yo que os presto mi aliento  
y vuestro vuelo dirijo,  
ante mi presencia os fijo:  
párese el mundo un momento!

Vamos del baile á aclamar  
por su gracia seductora,  
por su virtud singular  
y por su ingenio sin par  
á la reina triunfadora!

Mas el Verano primero  
gusto es que á todos recuerde,  
fallar en justicia quiero,  
pues hasta el Tiempo severo  
la conciencia le remuerde.

Y es más culpable heregía  
que las de Lutero y Arrio;  
no hablar de la lozania  
y belleza y gallardía  
que ostentó Manuela Barrio.



Que de Rafael tipo bello,  
trazó en su cintura breve;  
de amor iba este destello  
con plumas en el cabello  
y airosa falda de nieve.

O del traje los colores  
confundiste sin cautela,  
aumentando tus errores,  
ó la de Ósio que es Dolores  
bautizaste de Manuela.

Y aun otra mis ojos ven,  
ligera, graciosa, vaga  
mariposa del Edén;  
de traje blanco también  
fué Dolores Elizaga.

Me espanta que no recuerdes  
de aquel pensil una Dalia  
y otros tres pimpollos verdes;  
á la Hoppe y á las Monterdes,  
Angela, Jesús y Amalia.

Y de la misma manera  
cómo olvidaste no atino,  
á la Bocero hechicera  
y á la Joaquina Barrera,  
y á la González del Pino.

¿Quién olvidarse podría  
de los tocados sencillos  
y elegantes á porfía,  
de las hermanas Castillo  
Luisa, Adelaida y María?

—Bien las recuerdo! el Verano  
contestó con faz nublada;  
que no se miran en vano  
glorias tales. Y el anciano  
siguió con voz alterada:

—¿Es que el amor las esconde,  
ó dónde estaban, en dónde  
las bellas que tanto quiero:  
las hermanas García Conde  
y María Barrio Campero.

María Barrio qué brillantes;  
lleva en cada ojo un Vesubio:  
las Benítez arrogantes,  
la Cosío y las Cervantes,  
Luz Zaragoza y Carmen Rubio?

Las Gómez Madrid, dó están?  
dónde tanto ángel divino?  
la Más, Soledad Guzmán,  
Lola Peña, la Terán,  
y María Rubio Cancino?

De la Collado qué hacías?  
luz de las selvas umbrias,  
esencia de tamarindos!  
dónde con sus ojos lindos  
las primas Echeverrias?

Tórtolas puras del monte,  
del mexicano horizonte  
astros de limpio reflejo,  
qué se hizo Concha Vallejo  
y la Angela Pedamonte?

Dónde están las Pimenteles,  
las Paradas y Obregones?  
las de Wilson, que de Apeles  
asombraron los pinceles!  
dónde, en fin, las Escandonos?

De todos esas ninguna  
acudió, dice el Verano,  
ciega de amores á alguna  
el bullicio le importuna  
y fuese al campo lejano.



Y alegres cual la que más,  
otras hubo que quizás  
ansiaron ir al salón;  
á veces, qué injustos son  
los inflexibles papás!

Y tal vez otras faltaron,  
porque así sí lo ofrecieron  
á los que su alma robaron:  
y unas celosas no fueron,  
y otras de celos lloraron.

Y algunas por indolencia,  
y otras por su negra suerte  
que excusaron su asistencia  
ya de un esposo la ausencia,  
ó ya de un padre la muerte!

—Pues bien, el Tiempo replica:  
si alguno en vano suplica  
y de ir á otro baile deja,  
la truco, de linda chica,  
en la más horrible vieja.

Y que el más veloz instante  
que mis decretos recibe,  
mi orden escrita; arrogante,  
en los pechos de diamante  
de los papás respectivos.

Debe abrirse la sesión,  
midiendo con fiel compás  
á las que más bellas son:  
votando por la que más  
se acerque á la perfección.

Citaremos la más bella;  
y de las que no nombramos,  
eligiendo otra doncella,  
verémosla que descuelle  
y por reina la aclamamos.

Sólo hay dos tipos marcados  
que al hombre quitan las penas;  
blancas, de rostros rosados,  
ó de semblantes tostados;  
las rubias y las morenas.

Doy la palabra al Verano,  
y entre en la cuestión de llano,  
que yo cantaré de plano;  
pues nos hallamos en pleno  
congreso republicano.

Comienza pues, mozo ardiente,  
que ya se apresta un rival  
á batirte frente á frente;  
porque hablando francamente  
lo hiciste bastante mal.

—Ser imparcial me propongo,  
El Invierno con cordura  
dijo, y á todo me opongo:  
y así al congreso propongo  
le dé un voto de censura.

Y el Verano puesto en pie,  
con abrasado semblante  
contestó: no lo extrañé,  
que siempre conmigo fué  
el Invierno intolerante.

Brota á la ocasión primera  
de sus ideas del retoño:  
y fija su muerte fuera  
á no estar la Primavera  
entre ambos con el Otoño.

—A un lado la digresión,  
contestó el Tiempo tirano  
que preside la sesión:  
y que fije la cuestión  
el diputado Verano.



—Nunca mi opinión fué terca,  
y siempre lo más selecto  
tuve de mis fuentes cerca:  
y así mi gusto se acerca  
al bello ideal más perfecto:

Ligera, fugaz, esbelta,  
me dió una niña el flechazo:  
ya está la cuestión resuelta:  
que me llevó á cada vuelta  
del corazón un pedazo.

Tipo bello, sorprendente  
es mi morena hechicera!

—No temo que se presente  
de mis rubias frente á frente,  
contestó la Primavera.

—Su nombre! Entre mil murmullos  
clamaron.—Y así el Otoño  
dijo entre blandos arrullos!  
flores quiero, no capullos,  
voto en contra del retoño.

—De negros ojos rasgados  
yo proclamo una morena;  
—de dulces, enamorados,  
bellos ojos azulados,  
una rubia el alma llena.

—Sí, sí! el Invierno contesta,  
rechazo la fruta verde  
que suele ser indigesta;  
más práctica que modesta  
la quiero: que así se acuerde.

Mírese bien que quizá  
acreedora del imperio  
alguna jamona habrá:  
que hubo allí cada mamá  
que valia un hemisferio.

—La cuestión, que ya se exalta,  
tal vez mi consejo aborda;  
una entre todas resalta,  
ni muy baja, ni muy alta;  
ni muy flaca, ni muy gorda,

—Un gusto medio cabal,  
—Encontrarle es un error,  
—Es un fantasma ideal,  
—Es que pertenezco al par-  
tido conservador.

Todos lo mejor queremos!  
—Alta es como una palmera  
mi reina—la juzgaremos!  
—Ese está por los extremos  
que es absolutista! afuera!!!

—Suspéndase la sesión!  
Pido que de nuevo se abra  
una franca discusión,  
—Y yo pido la palabra  
para una interpelación.

—Al orden! si ya hacer vemos  
de insultos tales acopiós,  
á qué abismo no corremos  
cuando á enumerar entremos  
méritos y nombres propios!

—Los nombres.—Es imposible!  
—Sus nombres! haya concordia,  
ó una güella estalla horrible:  
nadie suelte la terrible  
manzana de la discordia!

Pues todos me dan tributo  
y el volcán reventar siento  
que ha de causar tanto luto,  
vuelvo á ser rey absoluto:  
disuélvase el parlamento.



Pues no púdisteis saber  
 en vuestro delirio loco  
 cuál debe la reina ser,  
 en uso de mi poder....  
 yo no la elijo tampoco

Que aunque de verdades fuente,  
 yo de tan altas deidades  
 no puedo hallar francamente;  
 que aunque dichas dulcemente  
 siempre amargan mis verdades,

En la más pura y hermosa  
 cada cual constante fije  
 la fe de su alma amorosa;  
 y así la reina gloriosa  
 de su corazón elige.

Que si en uso la nombrara  
 quizá el mundo se enojara,  
 y mi acción calificara  
 de un feroz golpe de Estado.  
 Otra vez discutiremos  
 con imparcial interés  
 si en otro baile las vemos:  
 y esa corona pondremos  
 de nuestra reina á los pies.

Con el cariño más santo  
 esas bellas Estaciones,  
 guardad, en que adoro tanto;  
 y que el más leve quebranto  
 no hiera sus corazones!

Yo á la vez delante de ellas  
 detendré las breves alas;  
 que son mis flores más bellas,  
 mis más fúlgidas estrellas,  
 mis más orgullosas galas!

—Tal dijo el Tiempo prudente  
 que canas tan viejas peina:  
 que no hay reina? el Tiempo miente,  
 que dibujada en la mente  
 lleva con fuego esa reina!  
 nunca su nombre diré,  
 mis penas las cantaré,  
 y de mi constante fe  
 los dulces ecos oirá.

Que del brillante salón  
 en la viva confusión  
 descolló cándida y bella,  
 como entre nardos descuella  
 de la azucena el botón. 1

México, Julio de 1853.

Los tres asuntos que quedaron dominando la atención pública, provocando el espíritu de rebelión, y preparando los planes que ya habían concebido cierto número de patriotas, fueron: la invasión del conde Raousset de Boulbon á la República, el tratado de la Mesilla en que se toleraron groseros atropellos á los derechos de la Nación, en que tan mal figuró D. Francisco de P. Arrangoiz, y quien pasa como sobre ascuas sobre este negocio en su historia; hechos que no debía haber olvidado, puesto que le quedó como adherencia á su apellido el de *La Gota de agua*, aludiendo á la aplicación que se hizo por sí y ante sí de los dineros de la

1 Véanse las notas del Apéndice.